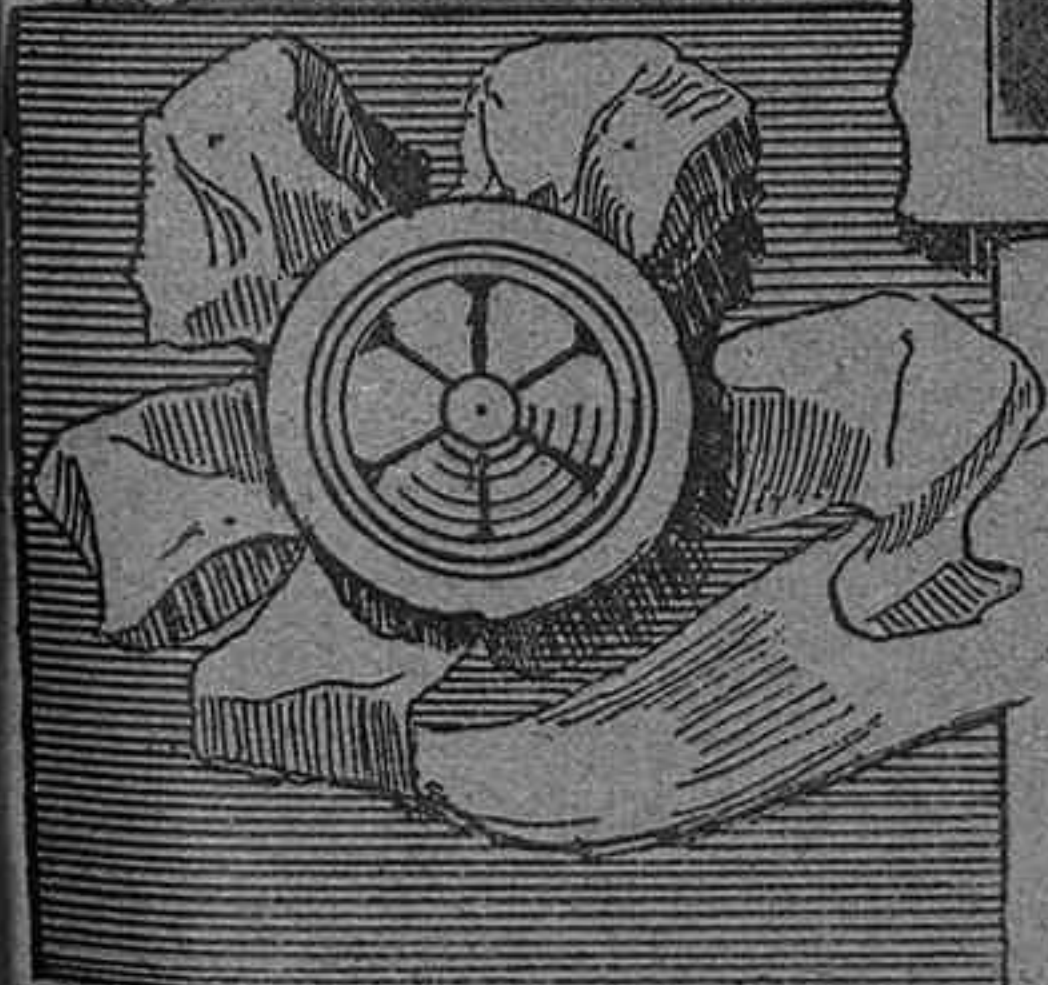
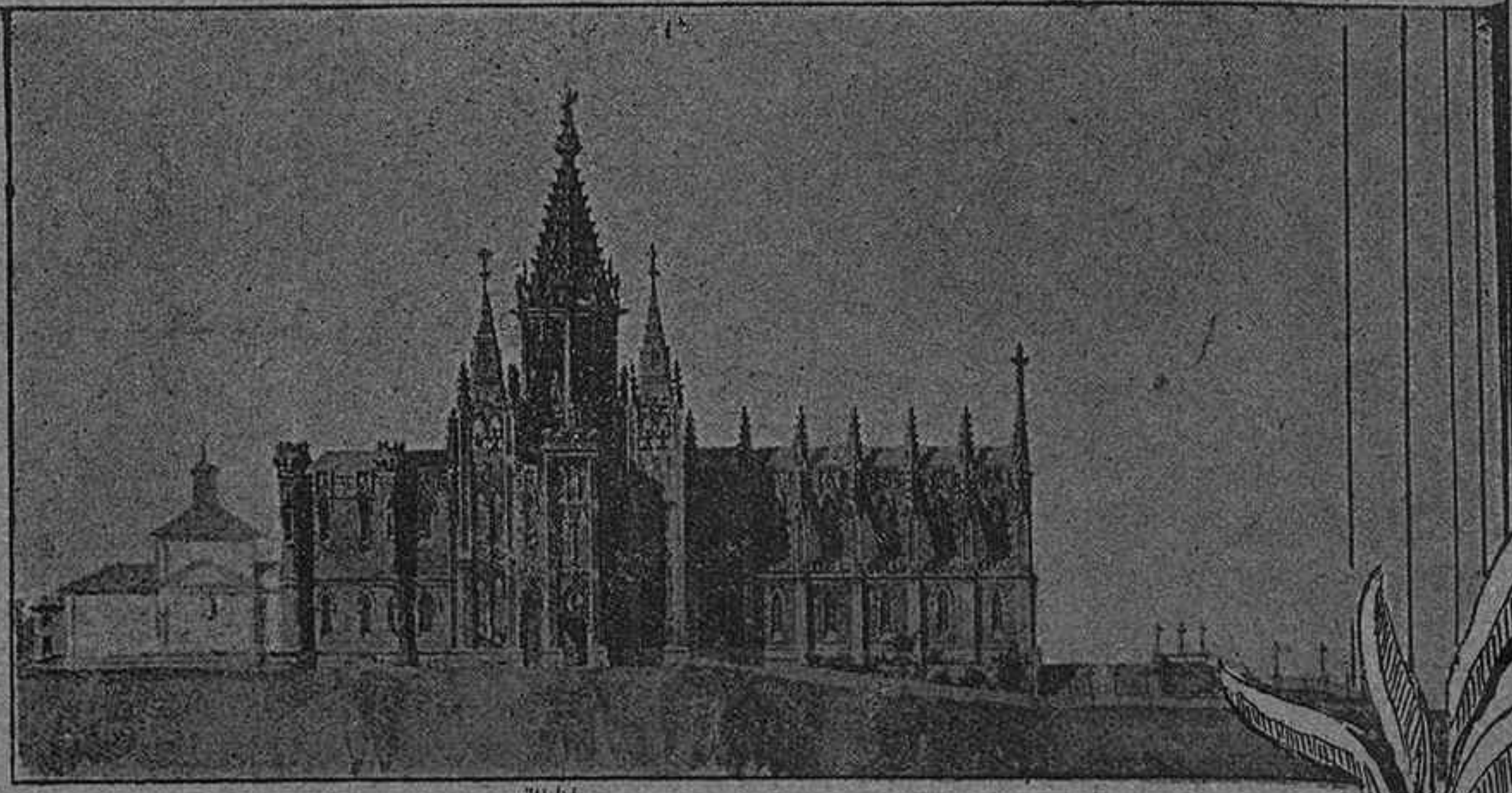
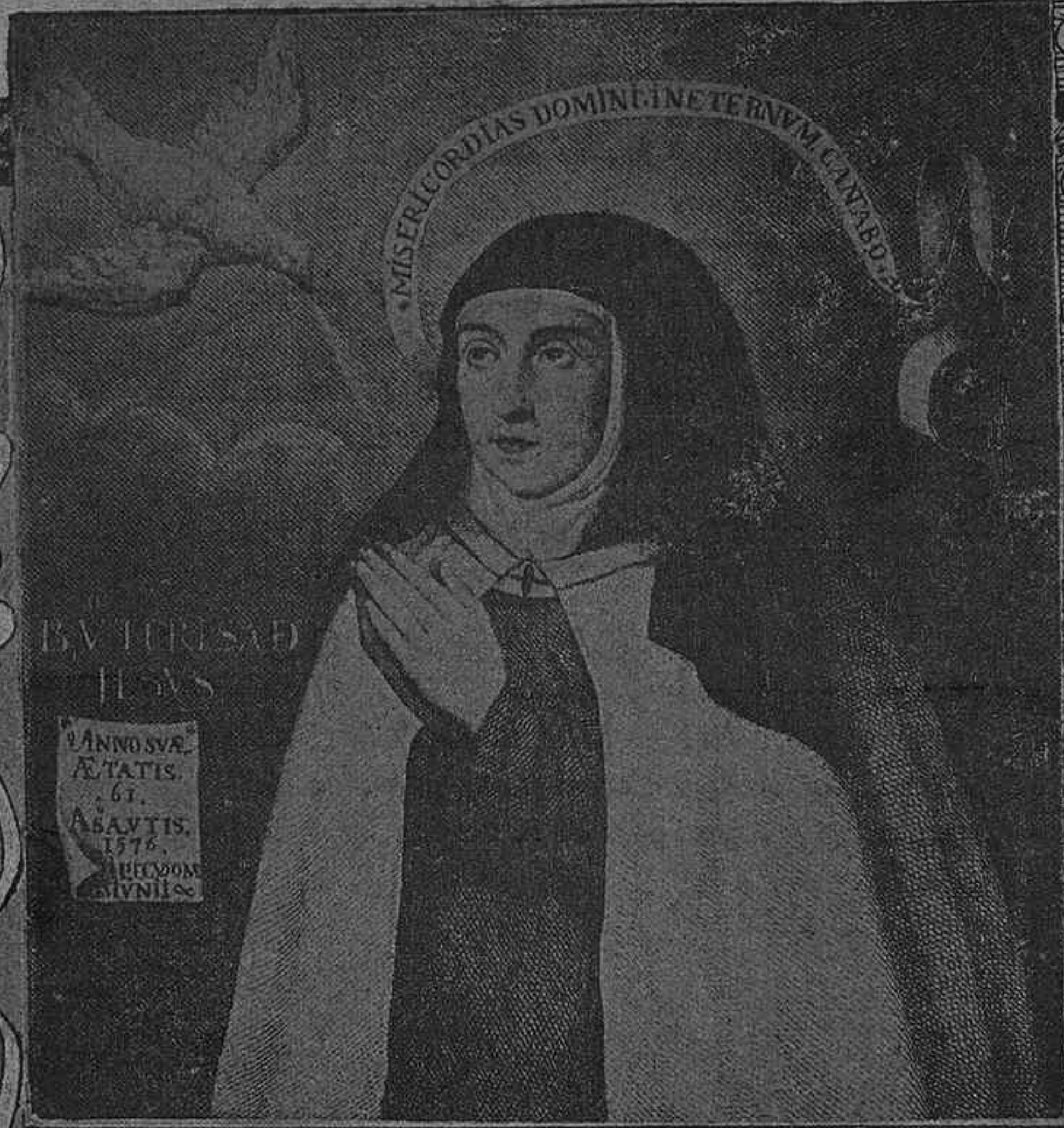




Basilica de Residencia



15 Junio, 1901

Núm. 45

SUMARIO

- I.—*La humildad de Santa Teresa de Jesús*, M. S. B.
- II.—*Palomaricos teresianos*, R.
- III.—*¡Pobre Santa Teresa!* Ignacio Calvo.
- IV.—*En Santo Domingo de Avila* (poesía), Francisco Jiménez Campaña, de las Escuelas Pías.
- V.—*Del Padre nuestro, Doctrina de Santa Teresa de Jesús*.
- VI.—*Fray Juan de Sahagún*, Antonio García Maceira.
- VII.—*Crónica*.
- VIII.—*Donativos para las obras de la Basilica Teresiana*.

GRABADOS

- I.—Salamanca: *Nave derecha del crucero de la Catedral Vieja*.
- II.—*Capillas de la Basilica Teresiana en construcción*.
- III.—Salamanca: *Antigua casa de la Salina, hoy Palacio de la Diputación provincial*.



NÚM. 45

Salamanca 15 de Junio de 1901

AÑO V

LA HUMILDAD DE SANTA TERESA DE JESÚS ⁽¹⁾



LA humildad es una virtud esencialmente cristiana, es la virtud cristiana por excelencia; una virtud desconocida por el paganismo, la clave de la divinidad del cristianismo y de su eterna é inagotable verdad; es la levadura que arrojó Jesucristo en aquella inmensa *debacle* en que vino á resolverse la antigua civilización pagana.

Esa humildad la encarnó perfectamente el divino Salvador en su doctrina y en su vida, viniendo á ser cifra de toda su misión evangelizadora la locura de la cruz, que fué escándalo para los judíos, y locura para los gentiles, fuente de agua viva, que en colosal surtidor salta hasta la vida eterna, agente supremo de la redención, símbolo vivo, perenne é infinitamente fecundo de la eficacia del sacrificio.

Es la humildad de Jesús, como el sello del cristianismo, la cifra de un nuevo mundo, de una nueva concepción de la vida,

(1) Véase el número anterior, página 129.

de la revolución más vasta y trascendental que registra la historia.

Hasta entonces no había osado la conciencia humana afrontar el problema de la vida en su gigantesca y trágica magnitud; no se había atrevido á mirar frente á frente al dolor.

Á partir de Jesucristo, el espectáculo de su pasión y muerte, cifrado en el severo y majestuoso crucifijo, fué el que apacentó y nutrió la conciencia de los pueblos. Allí bebieron los apóstoles aquella fé ardiente y avasalladora, con que propagaron el Evangelio; allí los mártires su constancia y heroísmo, los apologistas su elocuencia; allí los Padres y Doctores de la Iglesia aquella doctrina sana, robusta, vigorosa, con que amamantaron la inteligencia de naciones bárbaras, aquel dogma, que llevaba en sus entrañas la herencia del pasado, el germen de la ciencia del porvenir.

La contemplación de ese humilde Jesús llevó al desierto é inspiró al monje aquellas duras maceraciones y vigilias para redimir los excesos, las violencias y rudos conflictos de aquella sociedad en formación; y el monaquismo era la organización práctica del espiritualismo cristiano, que había de regenerar al mundo.

La humildad cristiana fué la que hizo surgir de las lobregeces y revueltas de la Edad Media las modernas nacionalidades, más poderosas en medio de su pequeñez y variedad, que los informes y vastos imperios de la Edad Antigua.

La humildad cristiana, abriendo nuevas fuentes de inspiración, dió lugar al arte cristiano, en que se verifica la compenetración de la forma y de la idea: abolió la esclavitud, creó la familia y la caballería cristianas y con ellas nuevas costumbres y virtudes sociales, germen fecundo de ideales altísimos y de vastas aspiraciones, que constituyen la gloria y el porvenir grandioso de nuestra civilización.

Esa humildad resplandece con luz propia é inextinguible en los héroes cristianos del poder y de la conquista, de la ciencia, del arte, y sobre todo en los Santos, honra y prez del catolicismo, que brillaron en los órdenes todos de la vida: resplandece en aquella pléyade de grandes hombres, que constituyen la gloria más pura y veneranda de nuestro siglo de oro,

que llevaron á cabo la grande obra de la reforma católica enfrente de la protestante, Ignacio de Loyola, Pedro de Alcántara, Cisneros, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús. Y brilla más que en ningún otro en nuestros místicos, los caracteriza y hace del misticismo español el más puro, acendrado y sano.

Es el misticismo del sentimiento, regulado y contrastado por la oración, la disciplina ascética, la penitencia, por la sumisión á la autoridad de la Iglesia, por la dirección de maestros sabios y experimentados, por la humildad profunda y exquisita, una sabia y estimulante desconfianza de sí mismo.

La humildad de Santa Teresa no es cobarde, servil, escrupulosa, turbulenta, sino plácida y sosegada, animosa, activa, reflexionadora, generosa, dispuesta al sacrificio, y abierta á la inspiración y á los favores de la gracia.

Es la verdad de una conciencia que vive en comunión íntima con Dios, y en esa comunión halla el modo de conocerse y templarse á sí misma, el modo de depurar y aquilatar las pasiones en el amor de Dios, y en Dios de todo lo bueno y perfecto, despojándolas del abuso, de la exageración, de lo que tienen de corruptor y disolvente. Es la verdad de una conciencia que medita de continuo sobre lo que reclaman de nosotros los grandes deberes de la vida, y persigue la realización del bien y de la justicia á toda costa, venciendo las dificultades y resistencias que ofrecen la maldad y la pereza. Es la verdad de una conciencia que á fuerza de pensar y de reconcentrarse en sí misma, llega á ver con claridad meridiana lo que de nosotros exige Dios en todo momento, y lo realiza con entusiasmo; palpa y saborea sus consecuencias, se anima á ampliar su obra y recibe nueva y más intensa satisfacción; y balanceándose en esa eterna alternativa de dar á Dios y recibir de Él, va ahondando más y más en la profundidad insondable de la conciencia y del medio social, hasta llegar á vencer y triunfar del todo, y á ponerse al habla con el mismo Dios de una manera íntima y sobrenatural.

Es la humildad de Teresa de Jesús la resolución práctica del gran misterio de la vida: nuestra libertad enfrente del medio que nos rodea, é influye en nosotros; enfrente del sér que nos ha traído á la existencia y nos domina.

Ese problema lo resolvió Jesucristo con su conciencia de Hijo de Dios, que iluminó toda su vida y continúa iluminando á todo hombre que viene á este mundo.

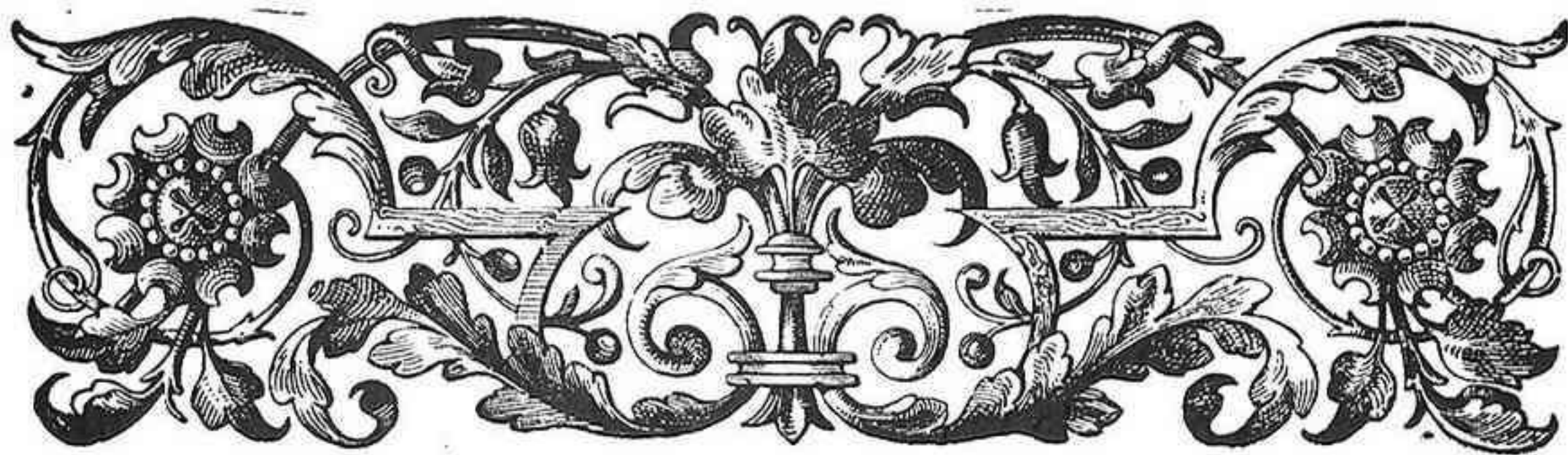
Esa conciencia, de que participamos todos los cristianos, nos dice que somos libres, que somos dueños y responsables de nuestros actos, pero también nos dice, que Dios nos dirige, nos inspira, nos empuja, nos sostiene, nos lleva al triunfo.

Humildad es fundir y compenetrar cada vez más esos dos extremos, que llevados á la exageración, irían á parar, ó al panteísmo quietista, ó á la moral independiente. Dios en mí y yo en Dios.

Cuanto más conozco á Dios, cuanto mejor le amo, tanto más me conozco, me encuentro y me amo á mí mismo.

M. S. B.





PALOMARICOS TERESIANOS

RECUERDOS DEL CONVENTO DE SAN JOSÉ DE ÁVILA (1)



REFIERE la Santa Madre Teresa de Jesús, en el capítulo VII de su *Vida*, que le acaeció, al entrar un día en el oratorio del convento de la Encarnación, donde á la sazón se hallaba, ver una imagen de Cristo muy llagado y tan devota, que en mirándola toda se turbó de verla tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. “Fué tanto—dice—lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciere ya de una vez para no ofenderle.”

En memoria de este suceso que señala un momento de luminosa orientación para su alma, hizo construir la insigne Fundadora del convento de San José de Ávila la tercera de las ermitas, que dedicó al Señor, atado á la columna, y pintar para esta ermita una imagen de Cristo en aquel doloroso paso, que tan tierna devoción le inspirara.

Dió el artista manos á la obra. Y cuando más ufanado se hallaba de su trabajo, la Madre Teresa hubo de advertirle que no le satisfacía la forma que daba á la llaga del codo izquierdo de la imagen. El pintor recibió sumiso la advertencia, y comenzaron los *arrepentimientos* y los retoques, y una y otra

(1) Véase el número anterior, página 133.

vez se vió precisado á deshacer lo hecho, porque no acertaba á expresar y dar colorido y vida á aquella *llaga*, la que tan honda impresión había causado á la Santa en el Cristo de la Encarnación.

Ya en una ocasión, en que la Madre Teresa se había retirado á orar á otra de las capillas, y el artista, cansado algún tanto y como descorazonado de sus inútiles tentativas, tenía apartada la vista de la pintura, al tornarla de nuevo á ella, decidido á agotar los recursos de su corto ingenio, vió con gran sorpresa suya que la llaga aparecía hermosamente formada y en un todo diferente de como él la había dejado. Entonces, sin poder contener su júbilo, hizo venir á la Madre Teresa para que contemplara nuevamente su obra, y la halló la Santa tan perfecta y conforme á sus deseos, que felicitó por ello al artista calurosamente. A lo que él, asombrado y confundido, exclamó con ingenuidad: *pues otra mano mejor y más diestra que la mía ha tocado aquí.*

No hay para qué ponderar la intensa satisfacción que esto causaría á la Santa Fundadora, viendo enriquecidos con una nueva maravilla del cielo sus amados palomaricos.

Denomínase esta ermita *del Santo Cristo*, y son innumerables las curaciones que Dios ha obrado en distintas personas, por medio de pañitos tocados á la *llaga milagrosa*, ó empapados en el aceite de la lámpara que continuamente arde ante la sagrada imagen del Salvador atado á la columna.

Tiene la Comunidad del primer convento de la reforma carmelitana la piadosa costumbre de acompañar al Señor en esta ermita todos los viernes del año, desde el medio día á las tres de la tarde; y como no todas las religiosas pueden hacerlo á la vez, van alternando en los distintos viernes cada una de ellas, designada por la Priora.

La religiosa que visita la capilla del Santo Cristo pasa las tres horas en subida oración, limpiando el sudor de su divino rostro con los lienzos del cariño del alma, y "*considerando á Cristo—como escribe la Santa Fundadora—atado á la columna, y pensando las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo y el amor con que las pasó...*" (*Vida*, capítulo XIII).

Esta ermita estaba muy pobre, cual la había dejado la Santa; mas el Señor que deseaba estuviere con más decoro, se sirvió para ello de la ocasión siguiente:

Había enfermado de mucha gravedad cierta señora de Ávila, cuyo esposo, persona de sólida religiosidad y muy aficionado y devoto de las observantísimas hijas del Carmelo, fué á depositar su pena y á buscar remedio para la salud de su esposa en la Madre Priora, á la que suplicó ordenara que una de las Religiosas se llegase á la ermita del Santo Cristo á implorar del cielo la salud para la pobre enferma. Acogió con benevolencia la Priora la súplica del caballero y designó como intercesora del Redentor atado á la columna á la Hermana Catalina de Cristo; la cual, en alas de la más rendida obediencia, voló á la ermita y empezó su oración. A los pocos momentos, parecióle escuchar una voz que en lo interior de su alma le decía: *Si se me restaura esta ermita, sanará la enferma.*

—Señor, exclamó al punto la angelical Hermana. Yo os prometo en nombre de la persona cuya salud os pido, que la ermita se compondrá.

En aquel instante, en la casa de la enferma había ocurrido, con admiración de toda su familia, la radical y repentina *resurrección* de la que se consideraba por muerta, y todo era júbilo y bendiciones y acción de gracias al Señor y á las buenas religiosas por cuyas plegarias se había obrado el prodigio.

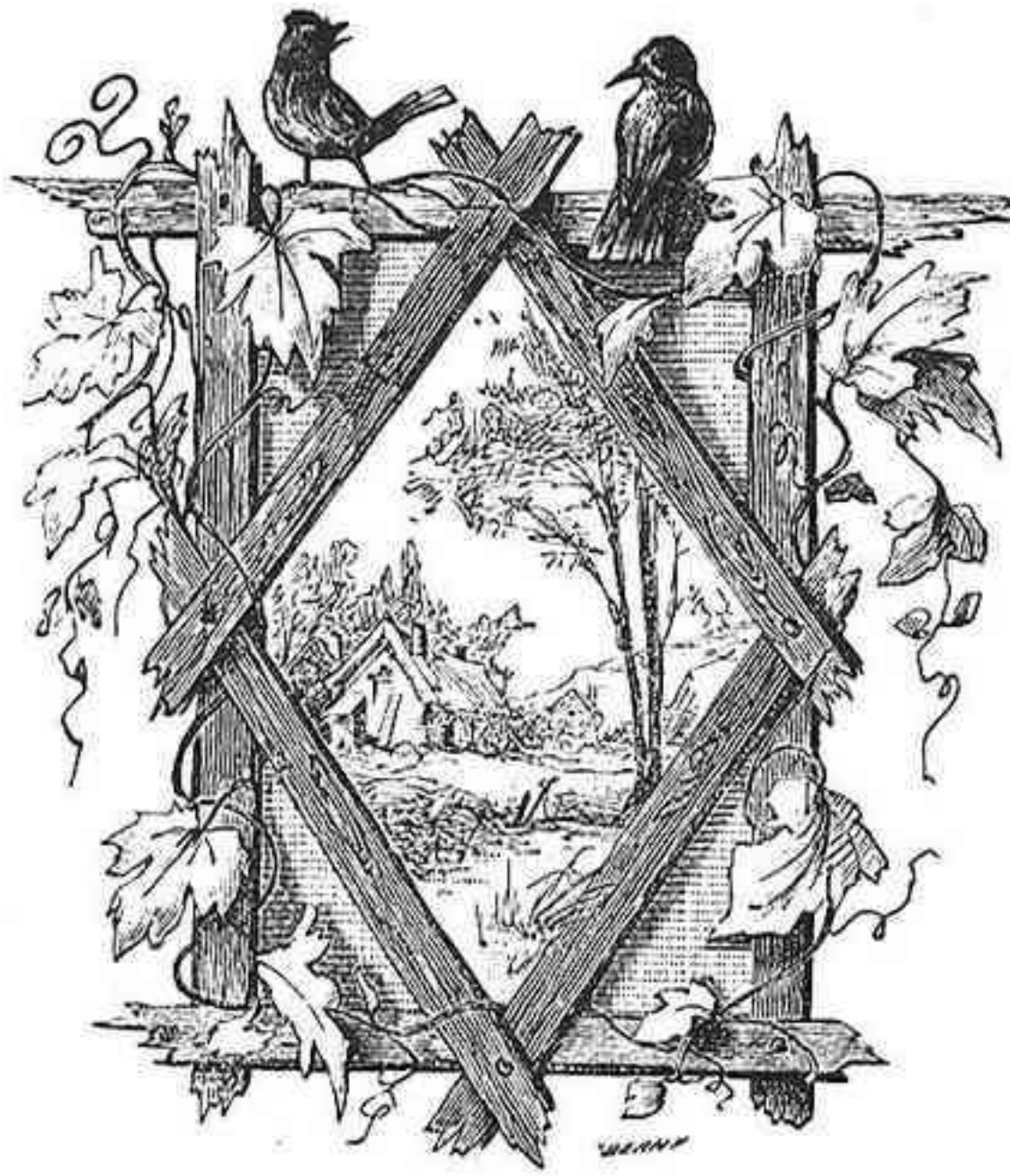
Corrió el caballero á participar á la Priora el fausto suceso, en ocasión que la Hermana Catalina, agradecida como era justo al favor del cielo, había acudido también á dar noticia á la Madre del compromiso contraído ante la sagrada imagen, compromiso que vió desde luego cumplido por parte del Señor, quien jamás falta á su palabra. Cumplió también la suya el caballero de hermohear la ermita, haciendo construir de nuevo techo, paredes y pavimento, en pago del gran beneficio recibido.

La cuarta ermita, orientada al mediodía, está dedicada á Santa Catalina mártir, y tiene un lienzo, de no escaso mérito, que representa á la Santa en el calabozo, en el acto de apa-

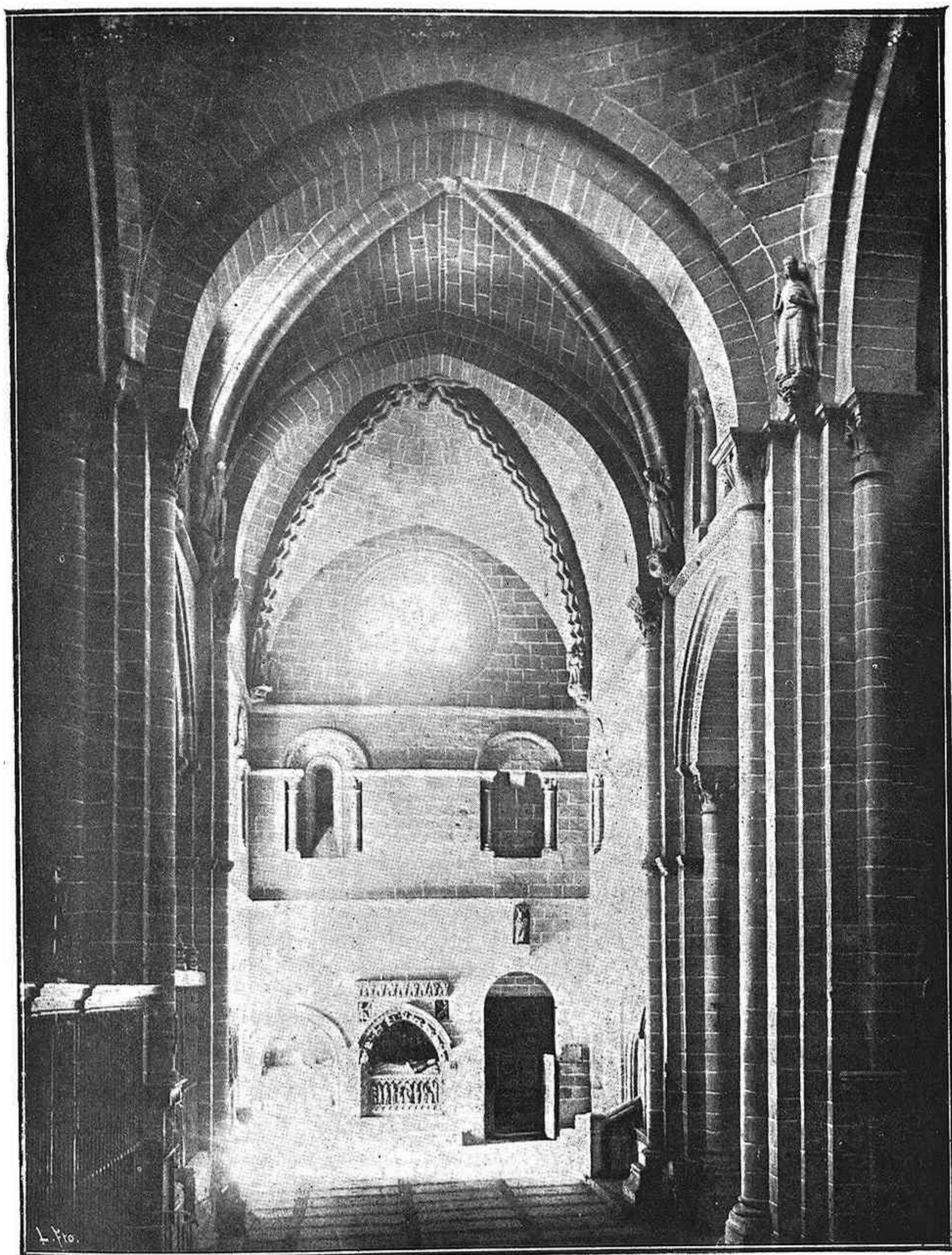
recérsele el divino Redentor ofreciéndole un precioso anillo, y animándola á sufrir victoriosa el martirio.

Esta capilla es la más pequeña de todas; pero en ella, como en las demás, hay estimables recuerdos y abundan los motivos para que se enfervoricen las Religiosas, que con frecuencia las visitan, á imitación de su Madre y Fundadora, que gustaba grandemente de retirarse á estos palomaricos, donde el alma se desprende de la tierra y vuela, vuela desembarazada á gozar de las dulces pláticas y los amores divinos.

R.



SALAMANCA



NAVE DERECHA DEL CRUCERO DE LA CATEDRAL VIEJA



¡POBRE SANTA TERESA!



ESTA exclamación salió de mis labios días pasados al hojear un libro; parecerá sin duda impertinente, pero someto al criterio de los lectores los datos que en trance tal me pusieron, y si tengo razón que me la den, *e si non, non*.

Es el caso que, huroneando por los rincones de mi biblioteca, tropecé con un libro voluminoso, en cuyo lomo se leía: Butrón, *Poema de Santa Teresa*, y como días há me corroe el afán de ver cosas grandes, dedicadas á la bendita Santa, felicítame á mí mismo del hallazgo y hasta tragué á gusto el secular polvo con que se arrojaba el poema teresiano.... Empecé el examen, y..... la portada me hizo fruncir la frente; la fecha de la impresión, sacó una mueca á mis labios; el primer párrafo del prólogo, me hizo soltar estridente carcajada, y la primer octava del poema, me enfadó hasta el punto que *in mente* le mandé al autor, ó lo que sea, á escardar cebollinos, quedando yo repitiendo al final de cada estrofa: “¡Pobre Santa Teresa!”

Vamos á las pruebas. Dice la portada: “*Harmónica vida de Santa Teresa*, por el P. Joseph Antonio Butrón y Muxica..... que consagra á la esclarecida sombra del Excmo. Sr. Duque de Arcos, etcétera,, sí; etcétera, P. Butrón, hace usted bien en dedicar su libro á una esclarecida sombra, que vale tanto como dedicárselo á nadie. Al poeta le debió pasar por las mientes esta consagración negativa y lo apañó diciendo: las sombras en general nada son en efecto; mas la sombra á que me refiero será especial; ¿cómo? pues la esclarezco, y santas pascuas; y la esclareció, y con este rayo de sombría claridad,

tomó la pluma para contar cuál era el origen de la cítara que tocaba el que no en vano se apellidaba *Muxica*. Oído á la caja:

“Estraño principio—escribe el P. Muxica—el de la cithara. Origen fué suyo una tortuga, dicha un acaso. Cedió á la muerte aquella viviente tardanza, y quedó en el campo la concha. Enredóse la hebra de un cavallo en el hueco, y al golpe del aire sonó canora la pesadez: pasó después á heridas de la pluma, á suspensión de cuerdas. Esta fué la primera vez que gastó la tortuga plumas. Súfrase á mi ignorancia el arrojó, si digo que tal vez ay hermosas pesadas armonías,,.

Distingo, P. Domingo, digo P. Muxica; si se arroja la viviente tardanza á la cabeza de un mal poeta y le quita para siempre la gana de pulsar la hebra del caballo, concedo que hay pesadas armonías hermosas; si la hebra del caballo es pulsada por un cualquiera, aunque se llame P. Música, niego la hermosura y me quedo convencido de que hay pesadas armonías; sí, señor, muy pesadas, y pruebo la consecuencia pidiendo antes su auxilio á todos los algodones en rama destinados á tapar los oídos que no estén sentenciados á muerte.

Tiene la palabra, digo la hebra del caballo, el Padre del *Poema de Santa Teresa*, y dice:

“Rasgo primero. Poética idea en la música imagen de una Sirena Sagrada, sobre mares de perfección religiosa.....

HARMONÍA

I

Hórridamente trágico al Tonante
Montes herize Encelado altamente
Arda Typhéo en ira fulminante
Y Anteo al Flegra oprima la ancha frente
Raudó al Cáucaso estrépito volante
La garra, el pico la Aguila ensangriente
Señas den el Peloro y el Paquino,
De la alta causa del terror Divino,,.

Venga usted acá, señor Butrón, digo no venga usted, vaya usted antes al cielo á pedir perdón á Santa Teresa, y si se lo concede (que lo dudo) vuelva por acá y ya apañaremos el asunto de modo que no quede usted mal parado.

Previo el perdón de la Santa, entiendo que debe hacer una retractación que poco más ó menos diga: "Yo soy el devoto más entusiasta de Santa Teresa y lo pruebo con este poema que le colgué, no por mala intención, sino porque creía era merecedora de toda obra poética en absoluto, desde la más hermosa que es aquella suya que dice:

"Vivo sin vivir en mí,

hasta la más horripilante y fea, que es la mía, como puede verse en la primer octava de mi poema, etc.,"

No tenga, padre mío, inconveniente en hacer esta última afirmación, pues le aseguro que estoy dispuesto á poner una oreja mía, contra un ochavo del moro, á que no hay en todo el orbe una octava peor hecha.

No es que yo haya escogido la peor entre las *¡mil novecientas sesenta y una!* de que está compuesto el poema; no: en él todas son peores y no lo pruebo por no dejar sordos á los lectores, que de seguro quedarían, por ejemplo, con esta descripción que hace del gallo:

"Desde que al primer llanto del Oriente
con cerco de carmín en dudas de oro,
relox de cresta y plumas, velozmente
despierta el día en crespo afán sonoro,"
(*Señores ya me encrespo mayormente*).

ó aquella descripción del cadáver de Santa Teresa:

"Humor vierte el cadáver útilmente
á expresiones de olivas parecido..."
(¡Oh pluma de Muxica! aquí detente,
y que les conste á cuantos te han leído
que al Padre José Antonio de Butrón
le basta para muestra este botón
para poner bandera de...)

Dispensa, Santa mía, esta humorada, con la que sólo quise demostrar que por tener devotos entusiastas, hasta tienes al que hace las peores octavas del mundo, y cuidado que las hay malas, pero como éstas ningunas.

Conste.

IGNACIO CALVO.



EN SANTO DOMINGO DE ÁVILA

¡Ay! ¡cómo en este templo
Amargas me acongojan
De mis dementes días
Las miserables memorias!
¡Cómo del alma surgen
Cual nubes tenebrosas,
Y el sol se me convierte
En temerosa sombra!
¡Cuánto lloré de ofensas
Y ruindades locas,
Á los Guzmanes sacros
Bajo estas santas bóvedas! (1)
¡Ay! ¡cómo, dulce Dueño,
Tornaba yo en derrota
Las bien aparejadas
Y fáciles victorias!
¡Cómo á tu agudo silbo
Estaba yo tan sorda,
Y ciega ante la sangre
Que de tus llagas brota!
¡Cómo te desamaba,
Amor que me aprisionas
Con lazos de requiebros
Que abrasan y enamoran!
Mas ¿dónde me arrebatas,
Cual viento á seca hoja,
Y á qué mar ignorado
Me llevas y me engolfas?

Con manos invisibles
Me vistes blancas ropas,
Que ultrajan á la nieve
Que el Líbano corona,
Y todos mis pecados
Se van de la memoria,
Pues con aquella nieve
Del corazón se borran.
Así de pardas nubes
La luna esplendorosa
Los altos cielos limpia,
Y alégrase la atmósfera.
Mas ¿quién así á un gusano
Con tanta gala adorna,
Que hieren sus sentidos
Las dichas de la gloria?
¡Oh dignación sublime
De mi Madre y Señora,
Que en tan ruín criatura
Mercedes amontona!
¿No era bastante gracia
Ceñirme tales ropas,
Que ver tu hermoso rostro
Mis pobres ojos logran?
¡Oh, celeste hermosura,
De la que aquí no hay copia,
Pues son borrón los astros
Y miserables las rosas!

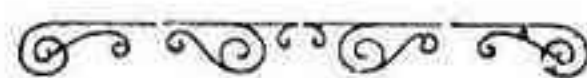
(1) Sucedieron los hechos aquí referidos en Ávila, en una iglesia de un monasterio de la Orden de Santo Domingo.

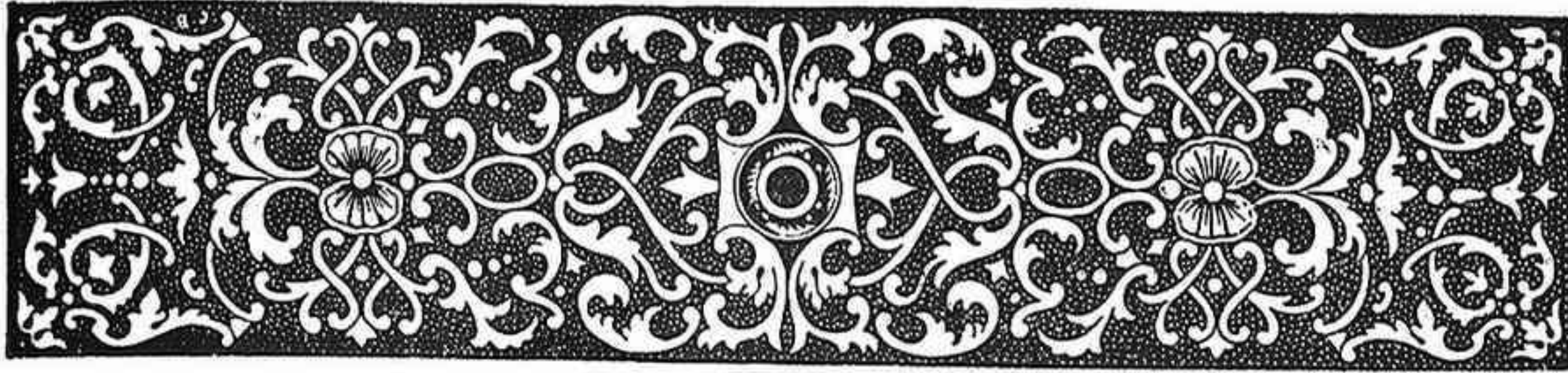
Tu rostro es, santa Virgen,
 De niña encantadora;
 Mas no te diré niña,
 Siendo mi Madre propia.
 Tus voces me regalan
 Con habla tan canora,
 Que es tedio y disparate
 El canto de la alondra.
 También contigo viene,
 Para mayores honras,
 Tu Esposo, á cuyo aspecto
 Mi corazón se postra;
 Pues Él siempre me acude
 Con mano generosa,
 Y en santas alegrías
 Mis desventuras torna,
 De estar á su servicio
 Muy más me huelgo ahora;
 Pues tanto te complace
 Que esté en servirlo pronta.
 Y sé que mis intentos
 Serán cumplida obra
 Que nunca tendrá quiebra
 Por defendida y sólida;
 Que de sus pobres claustros
 Disipará las sombras
 Jesús, andando siempre
 Benigno con nosotras;
 Que no he de temer nunca
 Las tempestades hórridas;
 Pues si Luzbel las arma,
 Jesús las aprisiona;
 Pues son rayos y vientos
 Y despeñadas ondas

Soldados de sus huestes,
 Y á Él sólo se acomodan.
 Bien claro se ve, Madre,
 Que eres regia Señora,
 Pues echas á mi cuello
 Tan esplendente joya.
 Tu faz le lleva solo
 Ventajas por hermosa;
 Que el oro de la tierra
 Es á su lado escoria.
 Mas ya te vas al cielo,
 Y arrástrame de forma
 Que soy inerme oveja
 Que el águila aprisiona.
 Mientras en blanca nube
 Despacio te remontas,
 Cercándote de ángeles
 Innumerables tropas,
 Y con tu casto Esposo
 Te pierdes en la atmósfera,
 Como tras de los montes
 Bandadas de palomas;
 Me dejas en el alma
 Reliquias de tu gloria,
 Y quédome en el mundo
 Desatinada y sola.
 Pero con tales ímpetus
 A la batalla pronta,
 Que nueva Judit fuera
 Contra esta Babilonia.—
 En estas mudas pláticas
 Con la Virgen gloriosa
 Y su benigno Esposo
 Teresa andaba absorta.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

De las Escuelas Pías.





DEL PADRE NUESTRO

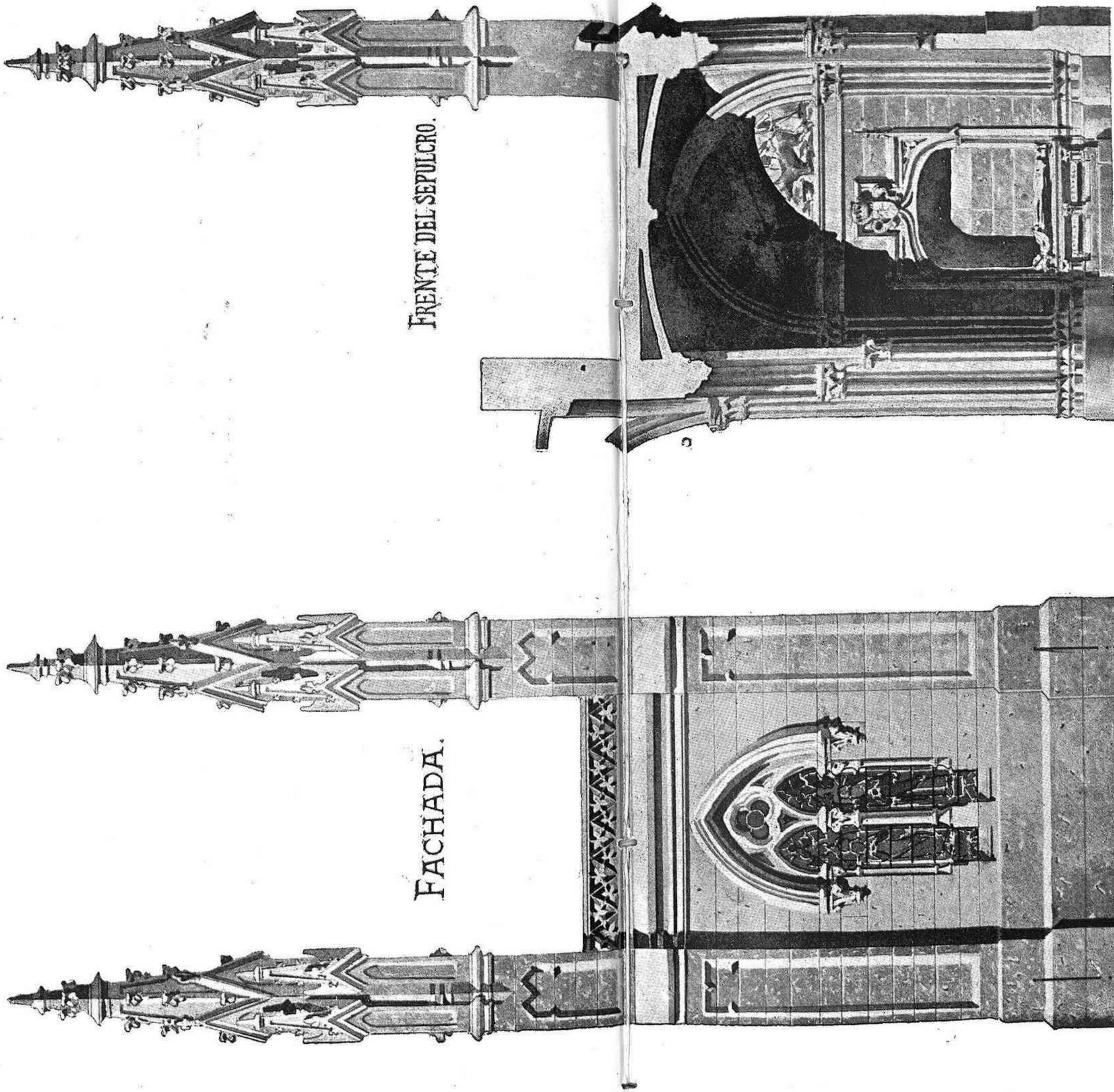
DOCTRINA DE SANTA TERESA DE JESÚS



PUES de tal Maestro, como quien nos enseñó esta oración, y con tanto amor, y deseo de que nos aprovechara, nunca Dios quiera, que no nos acordemos dél muchas veces, cuando decimos la oración, aunque por flacos, no sean todos. Pues en cuanto á lo primero, ya sabéis que enseña Su Majestad, que sea á solas, que así lo hacía él siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios, y con el mundo, que no es otra cosa estar rezando, y escuchando por otra parte lo que están hablando, ó pensar en lo que se le ofrece, sin más irse á la mano (1).

Ahora, pues, tornemos á nuestra oración vocal, para que se rece de manera, que sin entendernos, nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razón, la examinación de la conciencia, y decir la confesión, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero; luego, hija, procurad, pues estáis sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mismo Maestro que enseñó la oración que váis á rezar? Representad al mismo Señor junto con Vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis á traerle cabe Vos, y él ve que lo hacéis con amor, y que andáis pro-

(1) *Camino de perfección*, cap. XXIV.



FACHADA.

FRENTE DEL SEPULCRO.

E. M. REPULLES. ARQUIT.



CAPILLAS DE LA BASÍLICA TERESIANA EN CONSTRUCCIÓN

curando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de Vos: no os faltará para siempre: ayudaros ha en todos vuestros trabajos: tenerle heis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh hermanas! Las que no podéis tener mucho discurso en el entendimiento, ni podéis tener el pensamiento sin divertirnos, acostumbraos: mirad que sé yo que podéis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo, de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y eslo muy grande, mas sí, que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad á pedirselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en más; no nos duele el tiempo en cosa que tan bien se gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse á ello, y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro. No os pido ahora que penséis en él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento, no os pido más de que le miréis. ¿Pues quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto, si no podéis más, á este Señor? ¿Pues podéis mirar cosas muy feas, y no podéis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? (1).

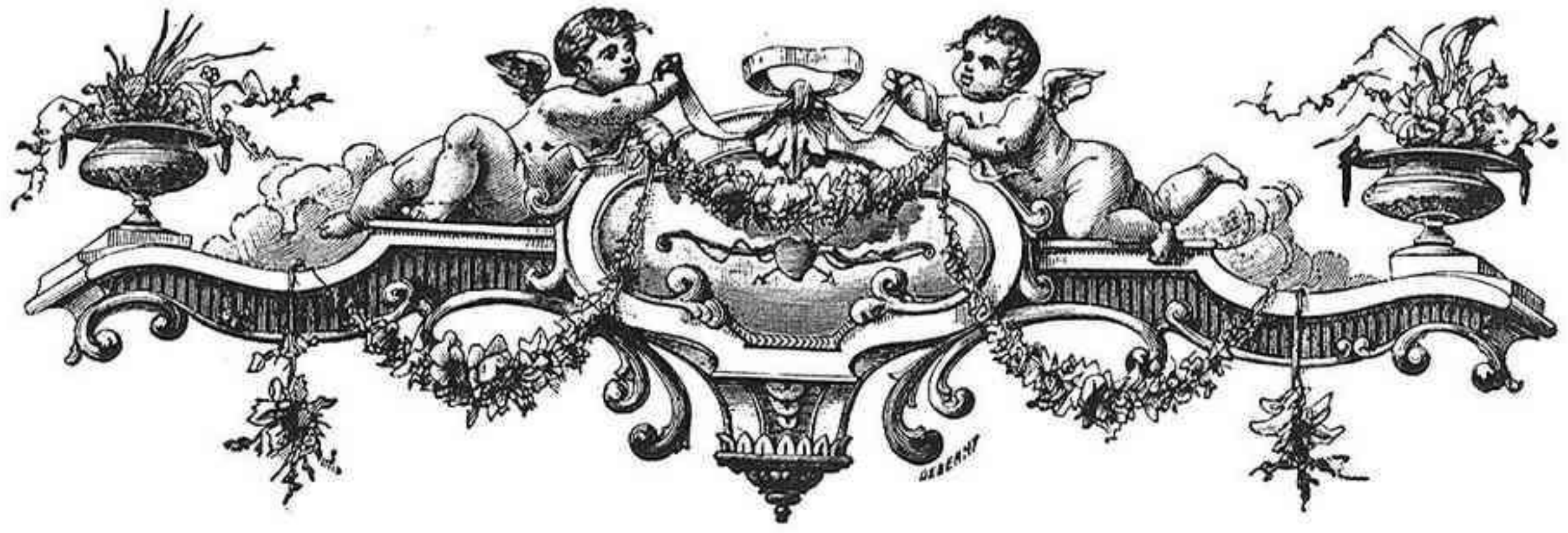
Padrenuestro, que estás en los cielos. ¡Oh Señor mío, cómo parecéis Padre de tal Hijo, y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal Padre! Bendito seáis Vos por siempre jamás. ¿No fuera al fin de la Oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando nos henchís las manos, y hacéis tan gran merced, que sería harto bien henchiese el entendimiento, para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Oh qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfecta! ¡Oh con cuánta razón entraría el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí misma á que le diese este Santo Hijo á entender, qué cosa es el lugar á donde dice que está su Padre, que es en los Cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías, que tal merced como ésta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra. ¡Oh Hijo de Dios y Señor mío! ¿Cómo dais tanto junto á la primera palabra? Ya que os humilláis á Vos con extremo tan grande

(1) *Camino de perfección*, cap. XXVI.

en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja, y miserable, como nos dáis en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligasle á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo Padre nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas, si nos tornamos á él, como el hijo pródigo. Háenos de perdonar, háenos de consolar en nuestros trabajos, háenos de sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo; porque en él no puede haber sino todo bien cumplido, y después de todo esto, hacernos participantes y herederos con Vos. Mirad, Señor mío, que ya que á Vos con el amor que nos tenéis, y con vuestra humildad no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estáis en la tierra, y vestido della, pues tenéis nuestra naturaleza, parece tenéis alguna causa para mirar nuestro provecho) mas mirad que vuestro Padre está en el Cielo, Vos lo decís, es razón que miréis por su honra; ya que estáis Vos ofrecido á ser deshonor por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obliguéis á tanto por gente tan ruín como yo, que le ha de dar tan malas gracias. ¡Oh, buen Jesús, qué claro habéis mostrado ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya y la suya vuestra! ¡Qué confesión tan clara, Señor mío, qué cosa es el amor que nos tenéis! (1).

(1) *Camino de perfección, cap. XXVII.*





FRAY JUAN DE SAHAGÚN

I



AS campanas de la iglesia de San Blas hacían llegar sus timbradores sonos á todos los ángulos de Salamanca, y á las seis de la tarde el templo estaba de bote en bote.

Ahora hubiera dicho *un revistero* que *todo Salamanca* estaba allí; pero entonces aún no existía semejante oficio. Era una época demasiado ruda y viril para alimentar con su savia tamaños atildamientos de refinada adulación.

Las damas más principales se apiñaban de rodillas cerca del presbiterio; las mujeres del pueblo llenaban los espacios de las bóvedas laterales y el fondo; los niños subíanse en los bancos ó alzábanse inquietos en los basamentos de las columnas, y los caballeros y hombres del pueblo se agrupaban en apretado remolino á la puerta del templo.

El Santo Juan de Sahagún iba á dirigir su palabra á los fieles desde la sagrada cátedra. El pacificador de la ciudad, el amigo de los pobres, el que había pasmado con sus milagros á Salamanca y el que edificaba con su vida; el humilde agustino, que ponía toda su diligencia y cuidado en desvanecer su devoción y su virtud, hablaba aquella tarde.

La impaciencia leíase en todos los semblantes y bullía en la multitud.

—¡Ya sale!—dijo en voz baja un caballero, reclinado en una

de las columnas de la nave principal, que parecía ya desasosegado é inquieto con la tardanza; y en efecto, á pocos instantes Fr. Juan, con mirada dulce y persuasiva y con actitud mesurada y llena de fervor, comenzaba su discurso y retrataba bellamente los peligros de la vanidad y del lujo y los males de la mancebía, vicio terrible, ruina y desorganización de las casas.

—¿Cómo dormís tranquilos—decía á los amancebados—en medio de los remordimientos causados por vuestros apetitos?

¿Por qué no os aterráis al contemplar y medir que por un momento de placer, lleno de sobresalto, arrojáis al mundo séres condenados á vivir á la sombra, cual árbol maldito; séres á quienes no podéis besar más que recelando de que os vean?

¿Cómo no dejáis los criminales halagos y vedadas ternezas ante la perspectiva cierta de que el día en que la inocencia desabrigue la virtud, maldigan vuestro nombre criaturas desventuradas, condenadas á no llevar ninguno?

¿Cómo dejaréis de ser enfermos, aún gozando de salud, teniendo en vuestra propia vida mal de muerte?

El auditorio estaba verdaderamente suspenso de los labios del fraile, de donde manaban los consejos más sábios, las verdades más profundas y el relato fiel de las culpables inquietudes, los torpes pasos y las melancólicas desventuras de los amancebados.

Algunos oyentes vertían lágrimas y se ahogaban en gemidos, ó con suspiros tristes daban rienda suelta á la aflicción y á la congoja.

No se oía en la iglesia otra cosa sino sollozos en todas las personas y estados.

El sermón terminó, y las gentes que llenaban la iglesia, esparciéndose por la ciudad, contaban á poco á los que no habían estado en San Blas, el mágico efecto de la palabra del insigne agustino y la edificación del auditorio al oírle, la elocuencia y la verdad de la plática sagrada.

Y muchos repetían al escuchar tan justos encomios: ¡Es un santo! ¡Es un bendito! ¡Está inspirado!

Pues aunque algunos murmuraban, no alcanzando á las

veces en su bajeza de ideas el celo é intención del Santo Patrono de Salamanca, los más daban á entender, con semejantes ó parecidas exclamaciones, el respeto y la autoridad en que tenían al hombre á cuyo ruego acabáronse negocios de venganza que se negaron á los hijos y á los padres.

II

Don Íñigo era uno de los jóvenes más apuestos de Salamanca. Su cuantiosa fortuna, su gallarda figura y finos modales, su arrojo y generosidad le hacían el rey de la *crème*, como dicen ahora los apasionados del *sport*.

No era perverso; pero la vanidad, gusano roedor de los poderosos, había despeñado su alma en los apetitos y concupiscencias.

El sermón de San Blás, que había escuchado con profunda atención, fué para aquel joven extraviado, mas no perdido, un aviso y un escarmiento en la senda de su perdición y flaqueza.

III

El sol trasponía los tesos del Montalbo, dorando los calados y molduras de la torre del Gallo, cuando don Íñigo entraba en su palacio.

Dió orden á sus criados para que nadie le molestase, y se sentó en uno de los ángulos de la sala, sumiéndose en profunda reflexión.

Las palabras del fraile aún sonaban en sus oídos, y aún su corazón se agitaba ante los dolores renovados de su funesta mancebía.

Sí—dijo,—es preciso cortarlo todo; y se alzó de pronto, tomó pluma y papel, y escribió de corrido y como quien copia ideas con las que está íntimamente familiarizado:

“Isabel: mi vida es un horrible suplicio hace ya largo tiempo.

Yo pedía á Dios valor y fuerza, y nada lograba. Era tan grande la inercia de mi pasión, y tal el poder del hábito, que sólo un impulso sobrehumano era capaz de arrastrarme; pero hoy sentí en mi corazón un dichoso trabajo renovador, y en mi voluntad una próspera y fuerte decisión.

Fr. Juan me salvó. Su sermón ha sido la voz de la Providencia.

Volvamos al buen camino.

Pidamos perdón y depongamos nuestra culpa, codiciosos de tranquilidad, y que el arrepentimiento sane las hondas heridas abiertas por nuestra ligereza.

Adiós para siempre.—*Íñigo*.

Y el joven llamó á un criado, puso en sus manos la carta, le dió en voz baja instrucciones para entregarla, y volvió á caer en su asiento, como deseoso de engolfarse de nuevo en sus meditaciones y pensamientos.

IV

Al siguiente día la carta llegaba á su destino y la dama que la recibía la hacía pedazos, jurando eterna venganza.

Su rostro, pálido y desencajado, su mirada incierta, su pensamiento aturdido, daban á sus palabras un timbre temeroso y terrible.

¡Ni una lágrima á sus ojos, ni una ráfaga de lo alto á sus pupilas, contraídas por el despecho y brillantes y fijas por la emoción intensísima!

—¡Qué burla!—exclamaba.—Por cuatro palabras de un fraile loco, arrojar al desprecio mis sacrificios, al lodo del desdén mis tormentos, al olvido mis ternuras. Esto es cruel, y pido venganza; ¡la habrá!

Y la dama, reprimiendo sus sentimientos, salió á la calle y se encaminó hacia la Catedral, fija en una idea, y sonriente ante el éxito de sus esperanzas.

V

Acababan de dar las nueve, y los canónigos iban entrando á coro, cuando la dama llegaba á la puerta del palacio episcopal.

Frente á la de la Catedral había por aquel tiempo una casita de un piso, de modestísimo aspecto, última de la plazuela y primera de la pendiente vía que desemboca en la Puerta del Río.

La dama paróse á aquella puerta y dió dos golpes fuertes con el grueso aldabón de hierro.

A poco el picaporte se alzaba y una criada introducía á la señora en un estrecho aposento atestado de libros, esparcidos en desorden por el suelo y sobre las sillas.

En un pequeño escritorio de pino, un hombre pequeño, enjuto de carnes y pálido de rostro, escribía rápidamente.

Alzó los ojos, en cuya viveza resplandecía graciosa y muy apacible lumbre, y yendo al encuentro de la dama, exclamó:

—¡La señora Marquesa! ¿Qué pasa? ¿Hay alguna novedad? ¿Cómo tan temprano por mi casa? ¿Por qué no me habéis mandado un recadito?

—No hay nada, doctor, tranquilizáos.

—¡Cuánto me alegro! Me habíais asustado.

Y la señora tomaba asiento, y el médico, porque aquel hombre era un afamado médico, recobraba de nuevo la tranquilidad perdida, ante las seguridades de la dama de que no acontecía nada extraordinario ni grave.

—Ya sabéis—dijo la señora—que he contribuído á vuestra fama y que he amparado á toda vuestra familia.

—Lo sé, señora, y mi reconocimiento no tiene límites. Mandad y seréis servida. Os debo la vida y la vida de mis hijos. Mandad, os repito: todo lo que puedo y todo lo que valgo es vuestro.

—No me acuerdo, en verdad, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer.

—Así lo manda mi hidalguía y vuestra generosidad.

—Pues bien: ahora es la ocasión de servirme. Escuchad. Yo necesito vengarme; es preciso sacrificar á un hombre que ha destrozado mi corazón; á un infame que apartó de mí el único sér á quien he amado.

¡Silencio, por Dios!

—Señora, os he dicho que soy vuestro servidor, y ahora os añado que por nada del mundo haré revelación de vuestros sentimientos. ¿Qué deseáis?

—¡Ah! si yo pudiera inocular en vuestra alma esta ira que me enajena; si yo lograra cortar con el deseo el cuello de ese traidor hipocritón; si yo fuera como vos médico, y médico de ese convento donde estudia sus místicas cantinelas ese malvado fraile...

SALAMANCA



ANTIGUA CASA DE LA SALINA, HOY PALACIO
DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

—Pero ¿de qué fraile habláis? ¿A quién queréis dar muerte?

—A Fr. Juan.

—¡Gran Dios! ¿á Fr. Juan? ¿Y qué os hizo ese santo varón? ¿En qué os ofendió ese espejo de virtudes, ese prodigio de santidad, y de doctrina, y de sabiduría de Dios, como le llama D. Gonzalo de Vivero, nuestro celoso prelado?

—Ha alejado de mí con las garrulerías de sus predicaciones y escrúpulos al hombre á quien amaba. ¿Os parece poco? Es un infame.

—Por Dios, serenáos. No soñéis con ideas terribles é irrealizables.

—¡Irrealizables! Está bien. Vuestro asentimiento á mis planes ó vuestra ruina.

—Contemplad, señora, el abismo á que queréis arrojaros. Medid el valor y la justicia de vuestras palabras.

—¡Sóis un pusilánime!

Y la dama salió de casa del doctor pre-

cipitadamente. El pobre médico, habituado á los delirios de la fiebre y al trato de los enfermos, supo ahogar las ofensas que en rápido vértigo de venganza y de despecho había arrojado sobre él aquella mujer desventurada, y testigo de mil dramas de familia, en largos años de profesión, después de breves momentos de pasmo, volvió á proseguir sus apuntes y observaciones en las clínicas del hospital de San Cosme y San Damián, diciendo con esa filosofía que da la experiencia: —¡Pobre humanidad! ¡Cuánta debilidad y cuánta miseria!

VI

Quince días habían trascurrido desde la entrevista de la Marquesa con el célebre médico salmantino, cuando una noche, con una carta de la dama, un caballero desconocido reclamaba su asistencia y consejo en una grave enfermedad de un individuo de su familia.

El sacerdote de la ciencia no vaciló un momento. Las ofensas de aquella mujer, exaltada por la pasión, no habían sido parte para llevar á su ánimo sereno ningún ruín sentimiento, y los favores que debía á aquella familia eran grandes para desaparecer del todo su recuerdo en un alma noble y templada al calor de los sentimientos cristianos.

Siguió al caballero que pedía sus auxilios, y en la calle del Silencio se les acercó otro, que manifestó se había agravado el paciente. A poco rato los tres entraban en una habitación espaciosa y amueblada con gusto.

—Sentáos un momento, doctor, que ahora pasaréis á la alcoba del enfermo, dijo uno de los acompañantes, que á poco volvía á la estancia, cerrando tras él la puerta y guardando la llave en el bolsillo.

El médico conoció, desde luego, que algún grave suceso iba á desenvolverse en aquel instante. Y, efectivamente, los dos infames pusieron sobre la mesa unas cartas, en las cuales el médico salmantino, obligado á pasar á Córdoba, llamado por los Reyes Católicos, confiaba sus pacientes al cuidado de un tal López, distinguido médico y persona de toda su confianza.

—Firmad, doctor, esas cartas, ó de lo contrario renunciad á salir vivo de esta casa. Habéis caído en la trampa; fuerza es que os conforméis. Lo que no quisísteis hacer de grado, lo vais á hacer á la fuerza. En esa carta al Prior de los Agustinos, que es la que más interesa, debéis añadir de vuestro puño y letra que tengan en mi saber y pericia una ciega confianza.

Así como así—añadió—y como la medicina es palo de ciego, es fácil que cure radicalmente de la gástrica al fiero hipocritón de Fr. Juan, mejor que con vuestras recetas.

Un sudor frío bañó el rostro del médico, y sus ojos se nublaron ante aquel abismo que la venganza abría á sus piés. Pensó en sus hijos, en su desventurada esposa, en el porvenir de una familia numerosa,alzada de la miseria al esfuerzo de sus estudios y desvelos, y con lágrimas en los ojos y dolor inmenso en el corazón, firmó aquella sentencia de muerte para el santo pacificador de la ciudad.

—Ahora—exclamó el supuesto médico—este caballero os acompañará hasta Córdoba. Los caballos están preparados y los criados dispuestos.

¡Mucho ojo!—repitió mirando fijamente y con crueldad al otro supuesto caballero.

Regresaréis á la ciudad—añadió dirigiéndose al doctor,—cuando se os avise y convenga. Nada os faltará.

A pocos días Fr. Juan tomaba una infusión preparada, al decir del supuesto médico, con inocentes hierbas aromáticas, y el agustino íbase secando como planta abrasada por el sol canicular.

Voló al cielo el fraile, entre el lloro de sus hermanos y el dolor y las oraciones del pueblo, y médicos de la ciudad hubo que indicaron la oculta causa del fallecimiento, que quedó en boca del pueblo, historiador independiente y perspicaz.

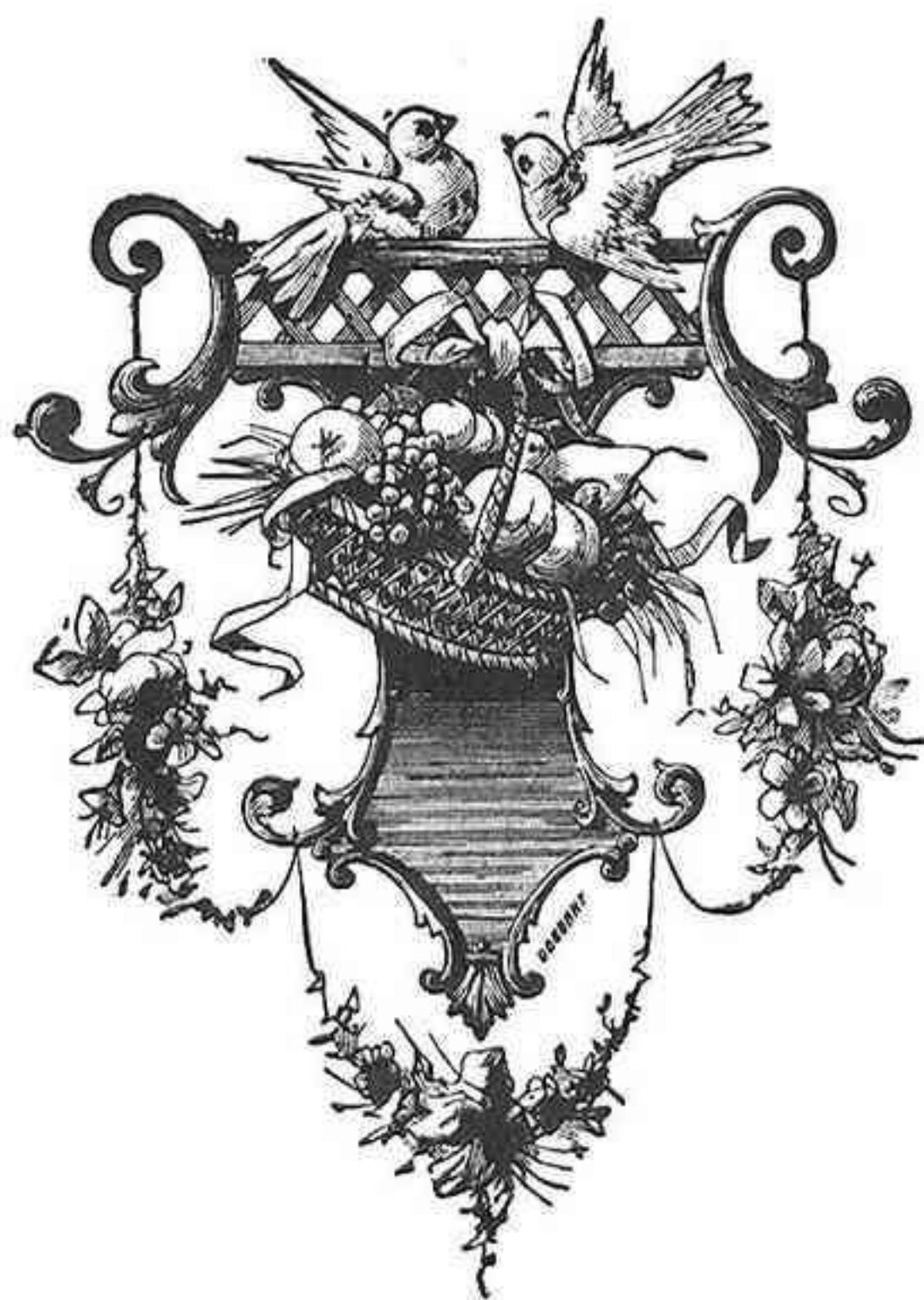
El distinguido médico del convento pudo desvanecer, de regreso á Salamanca, las cavilaciones del prior y los dictámenes de sus compañeros, gracias á su autoridad y reputación; pero su vida fué un constante sufrimiento desde entonces, y su salud fué minándose también al empuje de un intenso dolor moral.

La debilidad y la venganza mancharon con esta negra pá-

gina la historia de la ciudad insigne en el agitado siglo xv, siglo de crímenes y de combates sin tregua.

El que acalló la inmoralidad y la venganza, moría víctima de los mismos vicios á quienes logró reprimir con la virtud y el ejemplo; en el solar ennoblecido con su vida y asistido de sus milagros.

ANTONIO GARCÍA MACEIRA.



C RÓNICA

Autógrafos.—En el próximo número comenzaremos á publicar, en hermosos fotograbados, los autógrafos valiosísimos del *Album de donativos* de la Junta de Damas promovedoras en la corte de las obras de la Basílica de Alba de Tormes. En esta forma queremos expresar los sentimientos de la más respetuosa gratitud á las reales personas y á las nobles damas que se han dignado asociar sus nombres á la empresa gloriosa de levantar monumento digno de su grandeza á la incomparable Santa española Teresa de Jesús.

*
**

Visita.—Acompañado del Sr. Repullés, director de las obras de la Basílica en construcción de Santa Teresa, hemos tenido el gusto de saludar al Excelentísimo Sr. D. Simeón de Avalos, Arquitecto Secretario general de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y firmante que fué del dictamen que sirvió de base á la susodicha Real Academia para emitir el favorable informe, que ya conocen nuestros lectores, acerca del proyecto de la Basílica teresiana de Alba de Tormes, del que es autor laureado nuestro querido amigo el Arquitecto Sr. Repullés.

El Sr. Avalos conferenció larga y afablemente con el Prelado salmantino respecto á las obras del grandioso templo de Santa Teresa, y admiró las innumerables joyas de arte que encierra Salamanca.

*
**

Senador.—Para representar en el Senado á la provincia eclesiástica de Valladolid ha sido elegido el Rmo. Prelado de Salamanca. Mucho nos complace que vuelva á escucharse en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia la voz autorizada y vibrante del sabio Obispo teresiano, que tiene ya escritas en la alta Cámara páginas brillantes en anteriores legislaturas.

¡Quiera el Señor devolverle las gastadas energías de su salud corporal, ya que las del alma las conserva cada día más vigorosas y enderezadas siempre á la gloria de Dios y al bien de la patria!

*
**

Capítulo general.—En el celebrado en Roma en los días del 26 de Abril al 4 de Mayo últimos, para la renovación de cargos de los Superiores de la Orden Carmelitana, han sido elegidos: *Prepósito general*, el R. P. Raynaud de S. Juste, que antes desempeñaba el cargo de Procurador general de la Orden; y

como *Definidores generales* fueron designados: el P. Angel de San Luis, perteneciente á la Provincia del Bravante; el P. Ecequiel del Sagrado Corazón de Jesús, Exprovincial que fué en Navarra y teólogo profundo; el P. Gregorio de San José, autor de la nueva traducción al francés de las *Cartas de Santa Teresa* y Prior que fué del convento de Burdeos; y finalmente, el P. Benoit de Jesús, de la Provincia austro húngara

El Padre Santo recibió en audiencia privada al nuevo General carmelitano y los cuatro definidores antedichos, que fueron presentados á Su Santidad por el Cardenal Gotti.

Como Superior del Vicariato de Madrid, ha sido nombrado el M. R. P. Jerónimo de la Santísima Virgen, que antes de desempeñar el cargo de asistente generalicio en Roma, del que acababa de cesar, fué Prior muy estimado en el convento carmelitano de Alba de Tormes.

*
* *

Regalo.—Una señora de gran piedad y devotísima de Santa Teresa ha donado con destino á las obras de la Basílica, un magnífico chal blanco de Manila, el cual se regalará á la persona, de entre las que al mismo fin contribuyan con veinticinco céntimos de peseta, cuyo número, de los cinco que se le entregarán al dar la limosna, corresponda al favorecido con el premio mayor de la próxima lotería nacional de 23 de Diciembre de 1901.

*
* *

Al sepulcro de la Santa.—Nombres de las personas que durante el mes de Mayo último han visitado el sepulcro de la mística Doctora Santa Teresa de Jesús, en Alba de Tormes:

Francisco José Álvarez, Luís Marín, Teresa Sánchez Cantalejo, Juan Ignacio Morales, Ramona Casares, Manuel Casanueva Silvela, Inocencio López, Cayetano Quintano Díez, Wenceslao Gallego, Feliciano Domínguez, Petra Rodríguez.

*
* *

Peticiones.—Hé aquí las que últimamente han hecho á Santa Teresa sus devotos, copiadas del Album que se custodia en el convento de las MM. Carmelitas de Alba:

Os ruego me déis salud y vuestra gracia.—*Paulina González Mesa.*

Santa bendita: me dé salud para criar mi hijo.—*María González Mora.*

Interceded por esta familia que siempre fué vuestra devota.—15 de Mayo, 1901.—*El Duque de Sotomayor, Duquesa de Sotomayor, Isabel de Irujo, Carlos Martínez de Irujo.*

Gloriosa Santa: protejed en estas tristes circunstancias á los hijos del que fué devotísimo de Vos, San Alfonso María de Ligorio, y en especial al último de todos ellos.—*P. Maximiliano Gavero.*—13 de Mayo, 1901.

Santa bendita: te ruego me concedas lo que te suplico, y te pido por encargo de mi amiga Herlinda Saez, la perseverancia final para ella y toda su familia.—Tu devota que te pide verte en el cielo.—*Eloisa López.*

Dadnos, Santa gloriosa, á mi esposo é hijos, salud y gozar de vuestra compañía en la gloria; también os pido por mis padres y hermanos que todos nos veamos en el cielo.—*Pilar Ascaso,*

Santa bendita: dame la salud que te pido y después la gloria; también os pido por mis padres y hermanos, y que me concedáis acierto en la elección de estado y acompañaros en el cielo por eternidad de eternidades.—*Evangelina Montero.*

Santa bendita: te pido me des salud para mis padres y para mí.—*Angela Hernández.*

Para mí y para mi querida hija, que se llama Teresa, y que en religión conserva este hermoso nombre, yo ofrezco aquí á la Santa mis humildes oraciones, y la pido su protección para imitarla dignamente.—5 de Mayo de 1901.—*Enrique Jovi.*

Santa bendita: dame la salud que te pido y después la gloria eterna y la gracia particular que te pido, si me conviene.—Tu devota, *Librada González.*

Santa bendita: te pido para mis padres y hermanos mucha salud, y verte en el cielo desea ésta tu devota, *Petra Casares.*

En el día que tuve el consuelo de ingresar al servicio de la Reforma de la gran Madre Santa Teresa de Jesús, visité su santo sepulcro y veneré su santo Corazón, pidiéndole que me comunique su espíritu para servirla en la sagrada milicia de los hijos de la Santísima Virgen del Carmen en el estado de Donado, y por que es verdad lo firmo á 22 de Mayo de 1901.—*Domingo Taberna.*

Amada Santa mía: os pido me déis salud.—*Félix Martín.*

Santa Madre: ruega al Señor me conceda una centellita del amor ardiente que abrasó tu corazón.—Alba de Tormes, Mayo, 22 de 1901.—*Esteban Ginés, Presbitero.*

Por vuestra poderosísima intercesión espero, Santísima Teresa, *Misericordias Domini in æternum cantare.*—*Antonio.*

Madre mia: enséñame á amar al Señor tanto como tu le amas.—*Lutgarda Zayas.*

Ut per tuam intercessionem perpetuam corporis mentisque peritatem, necnon ardentissimam famem animam salvandam consequi valeam enixe deprecor.—*Eug. Maschal.*

Santa Teresa: no me desampares.—*Leopoldo Martín.*

Et ego semper tecum.—*Fr. Ev. Carmelita descalzo.*

Bendita Santa Teresa: ruega por mí.—*Feliciana Domínguez.*

Alcanzame lo que os pido, Santa Teresa.—*Isabel Sánchez.*

Santa bendita: quiero me conceda una gracia.—*Alonso Martín.*

Deseando me conceda la bendita Santa lo que pido en mis oraciones.—*Eloy Cea.*

Alcánzame una gracia.—*Antonia Moreno.*

Bendita santa: concede lo que te pide tu devota *Benita Gómez.*

Alcanzadme lo que os pido, Santa Teresa bendita.—Vuestra devota, *Dolores Olleros.*

Hacedme buen cristiano.—*Saturnino Rodríguez.*

Yo, tu pequeño hijo, tuve el gusto de celebrar la santa misa, dar la comunión á mis buenas hermanas, dar fervientes gracias junto á su Corazón y visitar sus santas reliquias.—24 de Mayo de 1901.—*Fr. Luis María del Santísimo Sacramento* (Provincia de Ibernía).

Alcanzadme, madre mía querida, que yo sepa unir la acción á que la santa obediencia me destina á la contemplación á que, como Carmelita descalzo, soy llamado.—28 de Mayo de 1901.—*Fr. Víctor de la Cruz.*

Si es para gloria de Dios, que se realicen mis deseos.—*Ramón de Valli.*

Santa bendita, flor del Carmelo, astro luminoso y gloria de España: alcanzadme, Madre mía, que este pueblo recobre su fe de otros días, tengan sus hijos la piedad sólida de tiempos mejores, y que todos alaben y bendigan á Jesús en la tierra y que le gocemos en la gloria.—*Francisco M. Hernández Bocos.*—Alba de Tormes, 29 de Mayo de 1901

Aniversario de mi primera comunión.—*Pío de Valls.*



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA DE ALBA DE TORMES

	<i>Pesetas Céts.</i>	
Recibido por un donativo entregado al Rmo. Prelado en trece onzas de oro que, reducidas é incluyendo el cambio, suman.....	1.414	40
” de las MM. Carmelitas de Alba de Tormes.....	5	”
” ” ” de Granada.. .. .	2	50
” ” de la Presentación de ídem	2	50
” de lo recogido en los cepillos de la iglesia de MM. Carmelitas de Alba.....	12	75
” de una persona piadosa de Bilbao, por conducto de don Martín Berrueta.....	5	”
” de limosnas recogidas por D. ^a Carmen Arce (de Madrid).	41	”
” por una limosna	25	”
” por ídem	5	”
” de D. ^a Carolina Tallada, Viuda de Lora (Barcelona).	25	”
” de D. Fernando Rubia Lora (de Alba de Tormes)....	5	”
” de D. ^a Emma Yohn, Viuda de Zayas (de Bilbao)	100	”
” de D. Rafae' Yohn (de Bilbao)	50	”
” de la Srta. María Luisa de Arana y Urigüen (de Bilbao), para una piedra ...	50	”
” del M. I. Sr. D. Francisco Cabrera, Secretario de Cámara del Obispado de Sigüenza.....	15	”
” de D. ^a Natalia Sala, Viuda de Beato	10	”

SALAMANCA. —Imp. de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez.

IMPRENTA DE CALATRAVA

Á CARGO DE LEOPOLDO RODRÍGUEZ

Plazuela de Carvajal, núm 5

La Basílica Teresiana

El Lábaro

Diario independiente

La Semana Católica

Revista religiosa

Boletín Eclesiástico del Obispado

Libros de propaganda
católica

Reglamentos para Cofradías

Carteles de lujo para fiestas
de iglesia

Periódicos ilustrados

Obras del Excmo. é ilustrí-
simo Sr. Obispo de Sala-
manca.

Obras latinas de Fr. Luis
de Leon.

Obras del Beato Alonso de
Orozco.

Impresión de obras cientí-
ficas y literarias.

LA BASÍLICA TERESIANA

Con licencia eclesiástica

REVISTA MENSUAL CONSAGRADA Á FOMENTAR LA DEVOCIÓN
Á SANTA TERESA DE JESÚS

Y PROPAGAR EL PENSAMIENTO DEL NUEVO GRANDIOSO TEMPLO, QUE SE ALZARÁ
EN ALBA DE TORMES, DONDE SE VENERAN EL CUERPO INCORRUPTO
Y EL TRANSVERBERADO CORAZÓN DEL SERAFÍN DEL CARMELO

Se publica el día 15 de cada mes.

Cada número constará de 32 páginas, impresas en papel de las mismas condiciones materiales y tipográficas que el presente, é irá ilustrado con magníficos grabados y elegante cubierta.

El precio de suscripción será el de 10 pesetas anuales y los productos líquidos se destinarán á las obras del nuevo Templo en Alba de Tormes.

Las suscripciones en la capital, pueden hacerse: en la Imprenta de Calatrava ó en las Oficinas del Palacio Episcopal. Fuera de Salamanca recibirán encargos de suscripciones todos los Sres. Delegados diocesanos, cuyos nombres damos á conocer; y en el extranjero las Comunidades de Carmelitas, donde las hubiere.

En Madrid, se reciben también suscripciones en las librerías de
Don Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2

- » Nicolás Moya, Carretas, 8
- » Gregorio del Amo, Paz, 6.
- » Enrique Hernández, Paz, 6.

FONDA TERESIANA

EN

ALBA DE TORMES

Á CARGO DE

D. EMILIO ÁLVAREZ DE LA FUENTE

CALLE DE COLÓN, NÚM. 1.º